**CHOOSE ONE OF THE TWO TEXTS BELOW AND TRANSLATE IT INTO ENGLISH**

**TEXT 1**

El viento soplaba con fuerza en Ainsa. Durante las tres horas que habían invertido en llegar hasta allí, Jonan no había dejado de hablar ni un instante, pero el silencio taciturno de ella pareció contagiársele en los últimos kilómetros, en los que primero había callado y después había optado por poner la radio y canturrear estribillos de éxitos de moda. Las calles de Ainsa estaban desiertas, la luz cálida y anaranjada de las farolas no conseguía borrar la sensación heladora de la villa medieval barrida por el frío nocturno, y las rachas de viento siberiano formaban escarcha en las ventanillas del coche. Jonan condujo siguiendo al Patrol de los doctores mientras los neumáticos traqueteaban en el empedrado milenario de las calles, hasta que confluyeron en una plaza rectangular que se extendía hasta la entrada de lo que parecía una fortaleza. Los doctores detuvieron el coche junto a la muralla y Jonan aparcó a su lado. El frío dolía en la frente como un clavo empujado por una mano invisible. Amaia tiró de la capucha de su plumífero intentando cubrirse la cabeza mientras seguían a los doctores al interior de la fortaleza. Excepto por el cese del viento, en el interior no se estaba mucho mejor que fuera. Les condujeron por unos estrechos corredores de piedra gris hasta desembocar en una zona más amplia donde se agrupaban varias pajareras gigantes en las que dormitaban aves enormes que Amaia no supo reconocer en la penumbra.

– Es la zona de recuperación de aves que llegan heridas, por disparos, atropellos, choques fortuitos con cables de alta tensión, molinos eólicos…

Penetraron de nuevo en un estrecho corredor y subieron un tramo de diez escalones antes de que la doctora se detuviera ante una puerta blanca de aspecto anodino que sin embargo estaba custodiada por varias cerraduras de seguridad. El laboratorio constaba de tres salas, luminosas, ordenadas y muy amplias, tan modernas que Amaia pensó que si hubiese llegado hasta allí con los ojos vendados jamás habría establecido conexión entre lo que veía y el lugar donde se encontraba. Nadie habría pensado que una instalación de esas características estuviese en el corazón de una fortaleza medieval.

Los doctores colgaron los abrigos en unas taquillas y la doctora se puso una rara bata de laboratorio ajustada en el talle que se abría en una amplia falda plisada y se abotonaba a un lado.

– Mi madre era dentista en Rusia – explicó –. Sus batas y una dentadura sana son lo único que me dejó al morir.

Adapted from El Guardian Invisible, Dolores Redondo.